

UN DOCUMENTO NACIONAL

Alfredo Bryce Echenique

Engañar es una cosa, y otra, muy distinta, mentir... Mucho entendía de estos asuntos Oscar Wilde, cuando en su ensayo «**The decay of lying**» se mostraba seriamente preocupado porque cada vez se mintiera menos en los salones ingleses, ya que en ello veía un síntoma de decadencia de la sociedad misma, por estar la mentira profundamente vinculada con el grado de cultura y civilización de un pueblo. Se miente porque se saben muchas cosas, y se miente por fantasía e ingenio y para divertirse divirtiéndose. El engaño defrauda, incumple, da gato por liebre, estafa. La mentira, en cambio, es autónoma, y creo que puede ser considerada como una de las bellas artes, ya que como el arte, también, no expresa nada que no sea más que a sí mismo. El engaño corre veloz hasta sobrepasar a la realidad, convirtiéndola en una estafa; la mentira, en cambio, está siempre por delante de la realidad y de la vida misma.

El gustar de una buena mentira puede también ser causa de insólitas complicidades, o de soledad e incompreensión y, a la vez, fuente de fina ironía y de un delicioso humor expresado en una voz muy baja o con una actitud sumamente seria. Por ejemplo, lo que me pasó un día en la sala de espera de un médico. Yo estaba entre las muchas personas que aguardaba, y mi turno era el siguiente, cuando entró una abuela ya demasiado ancianita como para darse cuenta de ciertas leyes elementales de la Vida, con mayúscula, y de la vida cotidiana, así, con minúsculas, como las que eran válidas en aquella sala de espera típica de un médico común y corriente, en la que los pacientes hojean con indiferencia alguna gastada y desactualizada revista, sin mirarse entre ellos, y, de rato en rato, agitando un pie, o, de golpe, cruzando una pierna y agitándola impacientemente.

Y por ahí apareció el médico, acompañando a una señora hasta la puerta de salida, que cerró suavemente, regresando luego a la sala de espera, para ver a quién le tocaba ahora y para explicar, de paso, que esa tarde estaba solo porque su enfermera tenía un fuerte gripazo invernal, como tanta gente en Madrid. Sabiendo que era mi turno, me puse de pie, y me disponía a avanzar hasta

la sala de consultas, cuando la ancianita literalmente se saltó todas las leyes de tránsito, o como diablos se diga, pero lo cierto es que apareció ahí y así, delante de todos, enanita enanita y ya casi metida en un bolsillo del saco del médico.

- Vengo por mi vacuna antigripal, doctor. ¿Me la pone, por favor?

De la Vida y de la vida, en ese instante, la ancianita sabía que estaba ante un médico, y ante su médico, tal vez, pero definitivamente había olvidado para siempre la existencia de las salas de espera y la finalidad que cumplen, y que hay que pedir hora con antelación, llegar puntual y esperar su turno, etc.

- Pero, señora- le replicó el médico, con el tono de voz con que un abuelo se dirige a su nietecita-, si ya estamos en pleno invierno. Para que esas vacunas surtan efecto es preciso venir no bien comienza el otoño.

- ¿He llegado tarde, entonces, doctor?

- Yo diría que un poquito, sí señora...

Entonces, como quien recuerda cosas de su pasado, pero muy muy vagamente, la abuelita miró desolada hacia la sala de espera. Y yo estaba ahí parado, mirándola tan desconcertada, tan frágil, indefensa y tan sin reflejos que le permitieran decidir cualquier cosa, tan ancianita y tan con la ampollita de la vacuna en la mano. Estaba realmente perdida y desconsolada, la abuelita, cuando me dijo, más tiritando que temblando, la pobrecita-:

- ¿Me permite pasar antes que usted, caballero? Porque el doctor, aquí, piensa que he llegado un poquito tarde. Y éste es el único modo de recuperar el tiempo y de...

- Por supuesto, señora- le dije, conteniéndome la risa y observando al médico taparse incluso la boca. Pase usted antes que yo, y ya verá cómo no sólo ha recuperado el tiempo de atraso que tiene, sino que este invierno se lo pasará hasta el último día sin oír hablar siquiera de la gripe.

El doctor quedó encantado, cómplice total y hasta agradecidísimo, la abuelita ni se diga, pero en cambio en la sala de espera todos leían revistas pasadas con ceños fruncidos y piernas sumamente agitadas. En la sala de espera, ese atardecer de invierno, día lunes, me parece recordar, decaía la mentira, con su dosis de inteligencia, de fantasía y de diversión. Y con la mentira decaía la

sociedad toda.

Valga este preámbulo para llegar a lo que quiero contar en este capítulo, escrito y puesto aquí, ahora, por estricto orden de azar, en este episódico recuento de mi vida. Y para llegar también a algo que me encantaría resaltar en este momento y que es el inmenso parecido que hay entre los límites de la realidad y la ficción, y los límites entre la verdad y la mentira, que pueden parecer y hasta ser lo mismo, por instantes, pero que, aparte de la penumbrosa indefinición que hay entre sus límites, precisamente, contienen **per se** millones de matices que las hacen muy diferentes. Creo, precisamente, que el absurdo episodio de mi vida que voy a contarles, es una excelente prueba de los locos resultados a que puede dar lugar una mentira repleta de buenas intenciones. (Dicho sea de paso: detesto eso de mentira piadosa).

Lo cierto es que había alcanzado la mayoría de edad (los veintiún años, por aquella época) y debía obtener mi libreta electoral, ese documento que hace que en el Perú la democracia exista, pero bajo vigilancia, ya que el voto es obligatorio para todos los ciudadanos mayores de edad, y quien no vota en cada elección no actualiza, mediante un sello y una firma que dan constancia de ello, su documento nacional de identidad, y en consecuencia queda impedido para ejercer todo tipo de contratos, por ejemplo. Y, por lógica, presumo que uno queda también totalmente desacreditado, por excelente que sea la reputación que se tiene, en vista de que la libreta electoral es, por excelencia, el documento que le sirve a todo peruano para acreditarse como sujeto de derecho.

La borrachera de mis veintiún años fue tan tremenda como la caída que me pegué a la salida de un bar. Perdí el conocimiento unos minutos y la cabeza me sangraba abundantemente por detrás. Mis compañeros de jarana y algunos curiosos que se acercaron para ayudarlos a ponerme de pie, pensaban que, como no andábamos muy lejos de la Clínica Americana, la prudencia aconsejaba que me llevaran un rato allí para una buena revisión. Pero yo me negué, y, como poco a poco logré incorporarme y recuperé el natural tambaleo y el trastabillar correspondientes a la cantidad de alcohol ingerido, la imprudencia nos aconsejó a ir y tomarnos unas cuantas cervezas más al Superba, excelente lugar en aquella época para hacerle su camita al trago, con un tacu tacu con su biftec apanado y su huevo frito montado en la cumbre. Y de ahí ya sí que a hacer tuto, eso sí que sí, porque el día ya andaba como queriendo aclarar.

A mis padres les conté que lo de la cabeza no era nada, que ya me habían lavado la herida en la clínica, y que ahí el único que había sufrido era el flamante Chevrolet Impala de mi primo y gran amigo Alfredo Astengo Gastañeta.

- Se nos tiró un ómnibus loco encima, papá... En realidad hemos tenido todos una suerte increíble, mamá...

La sola mención del nombre de mi primo, cuya reputación de muchacho sano y caballero cien por cien era total, borró cualquier sombra de duda y de borrachera monumental con sacada de alma igualmente monumental. Pero, como dos o tres días después, yo seguía medio tambaleante y trastabillante, y a cada rato me daban mareos y tenía pequeñas lagunas mentales. Abrí, pues, la caja china, y saqué otra mentira de adentro. Esta vez fue un gripazo brutal el que fingí, para lograr quedarme en cama cuatro días, con cortinas bien cerradas y oscuridad total en mi dormitorio, que es lo que debía hacerse en casos como el mío.

Recuerdo que me levanté un lunes, pensando que debía estárseme venciendo el plazo para sacar mi libreta electoral; en fin, pensé que, en vista de que ya hasta las fotografías de ley las tenía conmigo, nada perdía con dirigirme a la municipalidad de San Isidro, que era la que correspondía a mi domicilio. "Bueno, a tramitar se dijo", concluí, y, tras haberme pegado un buen duchazo y haberme vestido de niño bien, para que me trataran bien detrás de cada burocrática ventanilla, enrumbé hacia la alcaldía de mi distrito. Y en ese local estaba ya cuando, al sacar mi billetera de un bolsillo y buscar las fotos tomadas días antes, me di nada menos que con una libreta electoral con mi nombre, mi firma, mi foto oficialmente sellada, con la raza, edad, estatura y todo lo demás, que me correspondían, pero con una dirección en el distrito de San Miguel en la que nunca había puesto los pies. Salí disparado hasta San Miguel, porque en ese distrito sí vivía Maggie Revilla, entonces estudiante en la Universidad Católica y enamorada mía. Sin duda alguna, ella podría aclararme el misterio de mi libreta electoral domiciliada en el distrito de San Miguel, en la calle Arica número 253, me parece recordar, aunque muy vagamente ya. Pero bueno, la calle sí se llamaba Arica, de eso me acuerdo clarísimo. Pero malo: Maggie no sólo no me aclaró nada sino que ensombreció más el misterio que rodeaba lo de mi dichosa libreta electoral.

- Alfredo- me repetía, una y otra vez:- tú mismo me has dicho por teléfono que has estado en cama cuatro días. Y tu libreta está

fecha en el segundo de esos cuatro días. O acá hay gato encerrado o tú te estás volviendo loco, Alfredo.

- Yo lo que he tenido, con tanta fiebre, es como mareos y lagunas, sí; en fin, algo bien poco gripal, lo reconozco.

- ¿Y tu partida de nacimiento legalizada?

- Ha desaparecido, Maggie.

- Alguien debe haberte hecho una broma muy pesada, Alfredo, porque esta tarjeta tiene hasta el sello correcto. Mira: aquí dice claramente Municipio de San Miguel... ¿Y si fueras a la alcaldía y preguntaras...?

- ¿Preguntar qué?

- No sé, pero preguntar, intentar averiguar. Yo que tú empezaría por ahí.

Por ahí empecé, y por ahí terminé. Y es que, en efecto, uno de los cuatro días en que no me había movido de la cama, por lo de la gripe, pues sí que me había movido por lo de la conmoción cerebral que, lo supe después (consulté con un médico, y hasta tenía una pequeña rajadura en la base del cráneo). Ello fue motivo de mil exámenes clandestinos y de otro falso gripazo -una recaída, en realidad- con sus largos días negros encerrado en mi dormitorio), no sólo me había producido pequeñas lagunas mentales sino también algunas tan grandes y largas como la que me hizo aparecer en la Municipalidad de San Miguel (resulta bastante lógico explicar esta parte del asunto, afirmando que, hasta este distrito y su alcaldía, me llevó un corazón muy enamorado de una de sus residentes). Y en el Municipio de San Miguel tuve suerte, según la señora tan amable que me atendió por segunda vez en muy pocos días, sin que yo me acordara en absoluto de la primera vez. Me explicó aquella sonriente señora que yo había aparecido con todos mis documentos en regla, con mis fotos y todo, pero como entre ido para siempre o borrachito, con su perdón, joven Alfredo. Y me siguió explicando que ella había estudiado hace mil años con mi mamá en el colegio San Pedro, ya desaparecido, y que hasta habían sido amigas de clase y eso. Claro que, la vida, después... Porque con los años se fueron perdiendo del todo de vista, aunque ella se había enterado de que doña Elenita Echenique Basombrío se casó con don Francisco Bryce Arróspide, y que tuvieron la enorme desgracia de

que su primer hijito les naciera... les naciera... Bueno, digamos que les nació bien especial la criaturita. Y ella, claro, había pensado que el especialito era yo, en vista de que... Y bueno, qué le costaba a ella, a ella que guardaba un recuerdo tan pero tan cariñoso de mi mami que estaba dispuesta a ayudarla en algo, por más años que hubieran pasado, qué le costaba en el fondo darme a mí esa libreta: los papeles y las fotos, todo estaba en regla, y como yo parecía bastante normalito, salvo en lo de la memoria, porque dale hijito con no lograr acordarte por nada de este mundo de la calle en que vivías... Horas lo estuviste intentando... Y bueno: que no quedó más remedio que ponerte mi dirección, que puedes usar como tuya, por el cariño que siempre le tuve a tu mami. Y mira, Alfredito, quédate nomás con esta libreta electoral... Ya hiciste los trámites y no vas a empezar con todo de nuevo... Y mi casa es tu casa y me alegra tanto que no seas tú el especialito... Aunque deberías hacer algo, hijito, con lo de tus lagunas...

- El especial es mi hermano mayor, señora, que, en efecto, nació sordomudo, pero que en cambio tiene una memoria de elefante...

"Y las cosas del mentir", me digo yo ahora, recordando que aquella libreta electoral, domiciliada en un distrito en el que nunca viví, me fue muy útil en la vida, a lo largo de unos treinta años... Treinta años, sí, nada menos...